

Las diversas formas del fenómeno de la homosexualidad

POR TONY ANATRELLA

Frecuentemente se presenta la homosexualidad como una alternativa a la heterosexualidad. Se debe poner en cuestión esta evidencia para saber a qué corresponde la homosexualidad dentro del desarrollo psicológico de una personalidad. Con frecuencia es el resultado de un conflicto intrapsíquico entre la identidad y una orientación sexual. La otra cuestión que surge concierne al querer redefinir la pareja, la familia y el matrimonio a partir de la homosexualidad. Ahora bien, esta última no puede ser una fuente de inspiración para la ley civil en lo referente a la vida conyugal, la familia y la educación. La homosexualidad se ha convertido en una cuestión política de serias consecuencias para la sociedad.

El tema de las *diversas formas que presenta el fenómeno de la homosexualidad* nos pone frente a un fenómeno relativamente complejo del funcionamiento de la vida psíquica. Ha existido siempre y sin duda seguirá manifestándose entre las vicisitudes de la sexualidad humana. Implica, hoy más que nunca, comprender esta inclinación especial y situarla en el desarrollo de la personalidad. Lo haré poniendo en perspectiva ciertas estructuras psíquicas implicadas en esta problemática.

Observando los estudios clínicos y la reflexión teórica del psicoanálisis freudiano, podemos decir que la orientación homosexual es producto de la forma en que desde muy temprana edad, durante la infancia y la adolescencia, el individuo organiza su sexualidad. Esta se manifiesta en contradicción con la identidad sexual, que en sí misma constituye un hecho objetivo de pertenencia masculina o femenina. Mostraré, por otra parte, que no se debe confundir la *identidad* sexual con una *orientación* sexual. La confusión llega a ser posible al acentuarse una visión subjetiva de la sexualidad en nombre de la cual cada uno decidiría sobre todas sus opciones y construiría su *identidad*. Este “pelagianismo” antropológico es una ilusión que no considera los determinismos a partir de los cuales se puede desarrollar y ejercer la libertad.

La reflexión sobre la homosexualidad se encuentra actualmente limitada en la medida en que por no ser considerada, con razón, una *afección mental*, se pasa por alto la problemática psíquica representada por la misma y los diversos efectos patógenos que desarrolla. Se presenta a menudo como una sexualidad alternativa en relación con la heterosexualidad, lo cual está lejos de ser evidente. La teoría del género (*gender theory*) complica aún más la situación al afirmar que aun cuando la diferenciación sexual (hombre/mujer) está definida físicamente, las identidades masculina y femenina, consideradas como una construcción social, serían reversibles. Esta ideología nos invita a redefinir la pareja, el matrimonio, la familia, la concepción y la adopción de hijos a partir de las orientaciones sexuales, no debiendo ya organizarse la sociedad en función de la diferencia sexual, sino de la diferencia de sexualidades. Nos es difícil seguir esta filosofía idealista de la desencarnación de la sexualidad y de la denegación del cuerpo sexuado a partir del cual se desarrolla la vida psíquica.

La reflexión sobre la homosexualidad se encuentra actualmente limitada en la medida en que por no ser considerada, con razón, una afección mental, se pasa por alto la problemática psíquica representada por la misma y los diversos efectos patógenos que desarrolla.(...)

He tenido ocasión de mostrar¹ que esta teoría descansa en un pensamiento, frecuente en el ambiente, que consiste en disociar realidades fundadoras de la humanidad. Se ha disociado la procreación de la sexualidad (contraconcepción y aborto); luego se ha disociado la relación conyugal del matrimonio (concubinato); enseguida se ha disociado la parentalidad de la relación conyugal (divorcio); la fecundidad se ha disociado del acto sexual (asistencia médica en la procreación), y ahora debería disociarse la procreación del acto sexual (dispersión de los productos genitales) antes de concebirse la gestación disociada de la maternidad (madres portadoras) y pronto la gestación fuera del útero materno (útero artificial). La procreación se encuentra actualmente disociada de la identidad sexual (homosexualidad). Elaboramos los ingredientes psíquicos y sociales para favorecer personalidades de índole sicótica, es decir, que dejarán de tener sentido de las realidades. Todas estas son situaciones generadas por el individualismo, el subjetivismo y el *relativismo ético* actual, que permiten creer que todo es posible. En este mundo sin límites donde todo puede ser válido, la homosexualidad se manifiesta como una posibilidad entre otras de vivir la propia sexualidad. La supremacía de la igualdad de todos ante la ley impide a la facultad de discernimiento hacer su trabajo con el fin de evaluar lo que está en juego en esta particularidad.

La orientación homosexual depende de diversas estructuras psíquicas, que desembocan en múltiples expresiones: cómo puede reacomodarse, descubrirse conscientemente de manera tardía e imponerse como tal en la conciencia psíquica del individuo. Vamos a examinar algunos de estos aspectos. Previamente, quisiera estudiar el lenguaje empleado a propósito de la homosexualidad, para así saber de qué estamos hablando.

1 T. ANATRELLA, *Non à la société dépressive*, Flammarion, Paris, 1993, colección "Champ" 1995.

1. La cuestión del lenguaje y de la distinción de los conceptos

El lenguaje² utilizado en el tema de la homosexualidad es a menudo confuso, ya que se adopta de otras realidades de la vida conyugal y familiar que no le corresponden, como, por ejemplo, la noción de “pareja” homosexual, que siempre implica una disimetría sexual y no una relación con un semejante idéntico, o la de “homoparentalidad”, que carece de sentido, ya que la familia y el niño o niña son lógicamente inconcebibles a partir de la monosexualidad, es decir, de un solo sexo. Asistimos a una desviación del lenguaje con el fin de afirmar (sin probarlo) que una relación entre personas del mismo sexo es idéntica a aquella compartida entre un hombre y una mujer. Ahora bien, se trata de una relación de distinta naturaleza, puesto que las estructuras psíquicas involucradas no son las mismas. La relación de una pareja formada entre un hombre y una mujer se basa en la alter sexualidad, mientras el dúo constituido por dos personas del mismo sexo se basa en el narcisismo de una relación especular (en espejo).

1.1 La cuestión etimológica

A partir de los años sesenta del siglo pasado, los “homosexuales” se designan en los Estados Unidos de América con el término “gay”. El origen de esta denominación proviene de los lugares donde se reunían para sus fiestas: buscaban lugares “gay” en el sentido de lugares con alegría, como los bares, los clubes nocturnos, etc. Así, este término que designaba determinados lugares ahora se usa para definir personas. Sería interesante reflexionar sobre este desplazamiento semántico y sobre este término que se ha convertido en una designación política.

Tanto el término *homosexualidad* (Károly Maria Benkert) como el calificativo *homosexual* y luego la noción de *perversión de objeto homosexual* (Richard von Krafft Ebing), posteriormente adoptada por Freud, aparecen en el siglo XIX. Otros autores también crearán diversos conceptos para designar a los “sodomitas”: *tercer sexo* (Carl Wetphal), *inversión* (Havelock Ellis), *uranismo* (Carl Heinrich Ulrichs), *sexo intermedio* (Magnus Hirschfeld). Anteriormente se denominaba a estas personas por sus prácticas entre adultos o con menores: los “sodomitas”, los “pederastas”, o por su condición de “invertidos”, en realidad “bribones” [N.d.T.: en francés “*bougres*”]³ (entendido en el sentido de aquel que se dedica a actos contra la naturaleza), en oposición a una relación complementaria entre un hombre y una mujer. En el período con-

(...) Se presenta a menudo como una sexualidad alternativa en relación con la heterosexualidad, lo cual está lejos de ser evidente. La teoría del género (gender theory) complica aún más la situación al afirmar que aun cuando la diferenciación sexual (hombre/mujer) está definida físicamente, las identidades masculina y femenina, consideradas como una construcción social, serían reversibles.

2 Id., *Le règne de Narcisse. Les enjeux du déni de la différence sexuelle*, Presses de la Renaissance, París, 2005.

3 Surgió en el siglo XIII del término *bogre* del francés antiguo, que significaba “hereje” en el siglo XI y luego “disoluto” en el siglo XII, y provenía del latín *bulgarus*, “búlgaro”. Los búlgaros eran efectivamente considerados herejes a raíz de la herejía *bogomila*, que apareció en el siglo X en los Balcanes y negaba varios sacramentos, entre ellos el matrimonio.

temporáneo, hemos pasado de una denominación del comportamiento a la afirmación de una identidad y de una reivindicación política. Ahora bien, el hecho de que en conformidad con el lenguaje actual un “deseo” sexual se haya convertido en una “orientación” sexual no implica que constituya por ese motivo una identidad.

El término político “gay” es muy discutible y el de “homosexualidad” no es evidente. Examinemos este último término.

1.2 El concepto de homosexualidad

El concepto de “homosexualidad” está compuesto por *homo* –el semejante– y *sexualidad*, que viene de *sexus*, cuya raíz latina *secare* significa cortar, en realidad cortar en dos. *Homo* y *sexus* son dos raíces que no concuerdan y significan que dos personas del mismo sexo se cortan o distinguen del semejante, si bien no es así, a diferencia de la imagen de lo que son el hombre y la mujer. Literalmente, el término “homosexualidad” expresa en realidad lo contrario de lo que enuncia, ya que dos personas del mismo sexo se encuentran, en el ámbito del homoerotismo, en una relación de fusión de lo mismo con lo idéntico. Constatamos una vez más que la negación de la diferencia sexual produce confusión en los pensamientos.

Esta ideología nos invita a redefinir la pareja, el matrimonio, la familia, la concepción y la adopción de hijos a partir de las orientaciones sexuales, no debiendo ya organizarse la sociedad en función de la diferencia sexual, sino de la diferencia de sexualidades.

El psicoanalista Ferenczi (Congreso de Weimar, 1911) eligió la noción de *homoerotismo*, que se adapta en mayor medida a la situación relacional de dos personas idénticas. Significa la atracción erótica del semejante y parece más precisa que el término “homosexualidad”. Este no puede entenderse en el sentido de una sexualidad común entre personas del mismo sexo a imagen de lo que ocurre

entre un hombre y una mujer, y siempre implica un tercer término ajeno a la práctica homosexual.

En efecto, “*homo*” corresponde a una relación mantenida con un semejante, mientras “*sexualidad*” supone una distinción de los sexos para ser creativo en muchos aspectos, es decir, una relación mantenida entre dos individuos de distinta naturaleza, con una dignidad personal igualitaria y una complementariedad funcional. El concepto de *homosexualidad* induce por lo tanto a un ilogismo que remite por otra parte a una forma de sexualidad objetivamente incoherente. Únicamente los hombres y las mujeres están separados sexualmente, cortados cada uno respecto del otro, y pueden por consiguiente unirse en la complementariedad de los sexos.

Freud precisa en *Tres ensayos sobre teoría sexual*⁴ que la sexualidad humana alcanza una relativa madurez en el sentido de la realización básica del establecimiento de las tres estructuras que la favorecen: cuando la persona integra la diferencia sexual (1), es capaz de tener acceso al estado amoroso entre un hombre y una mujer (2) y acepta ser potencialmente procreadora (3).

4 S. FREUD, *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, Editions Payot, París, 1976.

Sin embargo, como a pesar de todo estamos acostumbrados a este lenguaje, seguiré empleando aquí el término *homosexualidad* refiriéndome también a la noción de *homoerotismo*.

1.3 Homosexualidad y diferencia sexual

En la *homosexualidad* no existe la distinción ni la alteridad sexual con un semejante del mismo sexo⁵. No obstante, ambas son indispensables para hacer posible el sentido de la relación conyugal y de la parentalidad, y más precisamente el sentido del amor. El amor, en el sentido objetal del término, para estar en la alteridad, implica una diferencia fundamental. Esta diferencia fundamental no existe en la atracción entre personas del mismo sexo, ya que se encuentran en la similitud del igual y el semejante (relación en espejo). Ciertamente, pueden manifestarse sentimientos, emociones y afectos intensos, pero no son aún indicadores del amor y del amor conyugal⁶. Por este motivo no se puede hablar de amor y menos aún de amor conyugal para calificar la relación entre dos personas del mismo sexo vinculadas sentimentalmente. No basta que haya dos personas y cada una de ellas disponga de una personalidad singular para que exista una relación de alteridad, si acaso no se ha integrado además el sentido de la diferencia sexual. En otras palabras, no todas las formas de sexualidad basadas en orientaciones sexuales son válidas, sobre todo cuando está ausente el sentido de la alteridad que depende de la diferencia sexual. El hijo y la parentalidad son producto de la alteridad sexual.

El amor que es un orden relacional basado en la alteridad sexual del hombre y de la mujer no es un sentimiento; pero las emociones, los sentimientos y las atracciones sexuales se inscriben en el ordenamiento del amor. Así se conjugan Amor y Verdad cuando se reconoce el sentido de la diferencia sexual y se acepta y se vive íntimamente⁷. Freud hace observar, siempre en Tres ensayos sobre teoría sexual, que el sentido del amor objetal se adquiere realmente cuando una persona ha integrado en su recorrido psicológico el sentido de lo enteramente distinto, es decir, del ser radicalmente diferente que representa el otro sexo. En cambio, la relación de pareja entre personas del mismo sexo corresponde en mayor medida a una búsqueda de completitud narcisista, a una necesidad de someter al otro a la imagen del padre edípico (una sexualidad incestuosa) al cual desea dominar o al modelo de erotismo relacional descrito por Freud refiriéndose al mito de Narciso. Es un tipo de afecto que no entra en la definición de lo conyugal y lo parental.

Esta teoría descansa en un pensamiento que consiste en disociar realidades fundadoras de la humanidad. Se ha disociado la procreación de la sexualidad (contraconcepción y aborto); luego se ha disociado la relación conyugal del matrimonio (concubinato); enseguida se ha disociado la parentalidad de la relación conyugal (divorcio); la fecundidad se ha disociado del acto sexual (asistencia médica en la procreación), y ahora debería disociarse la procreación del acto sexual (dispersión de los productos genitales) antes de concebirse la gestación disociada de la maternidad (madres portadoras) y pronto la gestación fuera del útero materno (útero artificial).

5 T. ANATRELLA, *Le règne de Narcisse*, op. cit.

6 Ver Id., *Époux, heureux époux*, Flammarion, París, 2004. Traducido al italiano: *Felici e sposati*, ESD, Bolonia, 2008.

7 Informe Spira, *Comportements sexuels des Français*, Documentación francesa.

2. Los aspectos sociales y somáticos en cuestión

Hay solo dos identidades sexuales objetivas, la del hombre y la de la mujer. Hay en cambio numerosas orientaciones sexuales, que son consecuencia del funcionamiento de la economía de las pulsiones parciales que constituyen la sexualidad humana, que se armoniza en funciones superiores gracias al reconocimiento de la diferencia sexual y al acceso a la psicología genital. De este modo se alcanza la madurez sexual.

La orientación sexual está en el registro de la pulsión, mientras la identidad corresponde al dato objetivo del ser, dato con el cual contará para su realización. El ser no construye su identidad de hombre o mujer; la recibe. Así, la homosexualidad es una orientación sexual y no una identidad. No

es correcto por lo tanto hablar “de identidad homosexual”; sería preferible decir de un hombre o de una mujer que siente atracción por personas del mismo sexo. ¿Es posible descubrir los orígenes de esta atracción?

La persona se enfrenta a muy temprana edad a la aceptación de su identidad sexual y al desarrollo de su orientación sexual a partir de la interiorización de la imagen del cuerpo sexuado, que en la mayoría de los casos se lleva a cabo con coherencia entre la identidad y la alteridad sexual. El problema reside en saber lo que ocurre, por ejemplo, cuando la persona se orienta hacia la homosexualidad y se encuentra en desarmonía con la atracción del otro sexo.

2.1 ¿Qué representa la homosexualidad desde el punto de vista estadístico?

Las personas que viven con una orientación homosexual representan un porcentaje muy bajo de la población. En un estudio realizado en Francia en 1992⁸, solo el 4,1 por ciento de los hombres y 2,6 por ciento de las mujeres declararon haber tenido por lo menos una vez en su vida una experiencia homosexual. En la última encuesta, publicada en 2008, se advierte en el total que 4 por ciento de las mujeres y 4,1 por ciento de los hombres de 18 a 39 años declaran haber tenido prácticas sexuales con una pareja del mismo sexo⁹. Si se omiten en estas cifras las

Asistimos a una desviación del lenguaje con el fin de afirmar (sin probarlo) que una relación entre personas del mismo sexo es idéntica a aquella compartida entre un hombre y una mujer. Ahora bien, se trata de una relación de distinta naturaleza, puesto que las estructuras psíquicas involucradas no son las mismas.

8 *La sexualité en France*, Informe de Bajos Nathalie y Bozon Michel, Inserm, La découverte, París, 2008, p. 245. Con todo, esta constatación es muy aleatoria, ya que no permite distinguir la experiencia puntual de la práctica frecuente. De acuerdo con las encuestas, la práctica homosexual culmina sobre todo entre los 18 y los 39 años, reduciéndose posteriormente (p. 247). La infidelidad es más frecuente en las relaciones homosexuales masculinas que en la pareja de distintos sexos [uno de cada tres hombres en una relación homosexual relativamente estable en comparación con 3,5% de los hombres que viven con una mujer (p. 252)]. Sobre la base de las cifras previamente indicadas, 13,4% de las mujeres y 12,4% de los hombres declaran haber tenido al menos una experiencia homosexual únicamente antes de los 18 años de edad (p. 249). Durante los doce últimos meses anteriores a la encuesta, solamente 0,8% de las mujeres y 1,5% de los hombres declaran haber tenido relaciones sexuales con una persona del mismo sexo. 6,2% de las mujeres y 3,9% de los hombres reconocen haber sentido atracción por una persona del mismo sexo (*ibidem*), y 3,7% de las mujeres y 1,5% de los hombres nunca han llevado esta atracción a la práctica (p. 250).

9 *Le Quotidien du médecin*, París, 23 de abril de 1999.

tentativas de la adolescencia, las prácticas reactivas y a causa de desafíos, y la necesidad de responder ante la presión de una moda, el número de personas llamadas “homosexuales” se reduce considerablemente. Los encuestadores del estudio previamente citado registraron que en el transcurso del año 1,1 por ciento de los hombres y 0,3 por ciento de las mujeres tuvieron contactos sexuales con una persona del mismo sexo. Existe por lo tanto un considerable desfase entre la representación social y la práctica real de la homosexualidad en el seno de la sociedad. La invasión y la manipulación de imágenes por los medios de comunicación masiva, la influencia del discurso de los militantes y los efectos de la moda, que se expanden por el hecho de alterarse el sentido de la diferencia sexual en la sociedad, dan la impresión de que existe una cantidad importante de homosexuales, si bien no es así. Constatamos en cambio que este discurso militante puede desestabilizar a personalidades inmaduras (de jóvenes o adultos), incitadas a permanecer en identificaciones primarias o, más bien dicho, a volver a estas y experimentar una regresión en relación con los procesos de elaboración de las pulsiones parciales.

2.2 Las hipótesis somáticas y traumáticas

Diversas hipótesis se han formulado sin éxito para explicar el origen de la orientación homosexual.

· Hay quienes han evocado el *origen neurobiológico*, procurando luego justificarlo –se pensaba– como producto de una deficiencia hormonal o más recientemente del funcionamiento de la hipófisis, uno de los centros que en la base del cerebro regulan la biología sexual. No se proporcionaron pruebas y aquellas que se presentaron no se consideraron válidas. El deseo sexual no procede exclusivamente de la biología.

· *El origen genético* (o la llamada causa esencialista) se utiliza a menudo para hacer creer que el homosexual ha nacido con esta tendencia. Un estudio¹⁰ sostuvo que esta orientación provenía del X materno y se situaba en la región del cromosoma Xq28; pero este estudio fue desmentido por otras investigaciones a partir de un panel más amplio que el primero. Ahora bien, un gen no obliga en sí mismo ni condiciona la personalidad a organizarse en torno a un determinismo tan preciso. Así, se habló en una época del gen del criminal y del alcoholismo: son afirmaciones igualmente gratuitas que han sido desmentidas por los genetistas¹⁰.

· *El origen traumático* se cita también en un mundo invadido por el lenguaje psicologizante, que hace pensar que un hecho en particular ha orientado súbitamente la personalidad hacia la homosexualidad: una madre posesiva, un padre ausente, juegos sexuales infantiles, la influencia de una persona o una agresión sexual cometida por una persona del mismo sexo; pero la

La relación de una pareja formada entre un hombre y una mujer se basa en la alter sexualidad, mientras el dúo constituido por dos personas del mismo sexo se basa en el narcisismo de una relación especular (en espejo).

¹⁰ Ver T. TESTARD, *Le Désir du gène*, Flammarion, París, 1994.

relación no es evidente, ya que otras personas han vivido estas situaciones sin convertirse por eso en homosexuales.

La mayoría de estas investigaciones terminan fracasando y procuran pasar por alto la dimensión psíquica que condiciona la maduración de la sexualidad humana.

2.3 La orientación sexual es producto de una representación de sí mismo

La experiencia nos lleva a reconocer que de nada sirve para explicar la homosexualidad un procedimiento de carácter "causalista". Este no da cuenta de lo que se sabe desde hace mucho tiempo sobre la sexualidad humana y ha sido confirmado por Freud y sus sucesores¹¹.

Repitámoslo, la identidad sexual no se construye; se recibe, y es el individuo mismo quien vive este trabajo de integración y de elaboración, comenzando por su cuerpo sexuado, por medio del otro sexo, que le sirve como revelador. Para el individuo es difícil entrar en este proceso y organizar su sistema de representaciones sexuales fuera de su identidad en interacción con la de la otra persona; pero resistencias inconscientes pueden frenar este proceso y provocar disonancias.

En efecto, numerosas orientaciones sexuales, que son consecuencia del funcionamiento de la economía de las pulsiones parciales (etapa oral, anal, fálica, y las identificaciones primarias), componen la sexualidad humana, que se armoniza en funciones superiores gracias al reconocimiento de la diferencia sexual y al acceso a la psicología genital. De este modo se alcanza la madurez sexual.

Al situarse sin considerar su identidad sexual, la persona corre el riesgo de atribuir a su orientación sexual carácter de identidad. Una orientación sexual buscada por sí misma en contradicción con la propia identidad y con la etapa genital que participa en la transformación de las pulsiones parciales es a menudo expresión y síntoma de un conflicto psíquico no resuelto. El individuo que se fija en la orientación sexual de voyeur, fetichista, homosexual, pederasta u otras formas de representaciones sexuales incoherentes refleja no haber modificado una pulsión parcial. Aquí estamos ante un conflicto estructural entre *la identidad y la orientación sexual* en la representación de sí mismo. La sexualidad humana depende en mayor medida de las representaciones psíquicas que el individuo hace de sí mismo integrando de alguna manera su imagen corporal que de causas externas, que ejercerían sobre el mismo una determinada influencia, aun cuando esta última tuviese cierta importancia.

El hecho de que en conformidad con el lenguaje actual un "deseo" sexual se haya convertido en una "orientación" sexual no implica que constituya por ese motivo una identidad.

¹¹ Ver A. GREEN, *Les chaînes d'Eros*, Odile Jacob, París, 1996.

Las diversas configuraciones de la homosexualidad

La experiencia del *homoerotismo*, es decir, de la atracción erótica del semejante, es múltiple y variada. Y en este sentido es preferible hablar de las "homosexualidades". El *homoerotismo* puede tener relación con atracciones juveniles y estéticas cuando la persona no tiene seguridad en sí misma; con encuentros iniciáticos bien conocidos en la historia; con experiencias pasajeras más o menos durables e irresistibles, o también puede producirse después de haberse organizado relativamente en torno a la heterosexualidad, como ocurre, entre otras, con personas que se han casado y luego se han instalado en el *homoerotismo* o siguen alternando entre la homosexualidad y la heterosexualidad. Este comportamiento suele ser síntoma de una depresión oculta y de una profunda inmadurez.

El *homoerotismo* o –si se prefiere– la *homosexualidad* se presenta entonces mediante diversas formas, que es posible reducir brevemente al menos a tres situaciones representativas, sin por eso encerrarse en esta tipología, ya que la vida psíquica tiene más movimiento.

· *Una homosexualidad reactiva* (o sintomática), a menudo síntoma de una atracción estética, de una necesidad de seguridad o de reconocimiento, de una necesidad compensatoria, del efecto de un aislamiento en un medio cerrado, de una efusión afectiva. Está por lo tanto vinculada con un determinado problema psicológico, que puede modificarse, mantenerse o abrirse a la heterosexualidad. Es preciso destacar que una experiencia homosexual no constituye como tal una homosexualidad.

· *Una homosexualidad accidental* (o circunstancial) a través de experiencias buscadas para afirmar la propia identidad o para expresar un gran apego hacia otra persona o por encontrarse el individuo arrastrado en una confusión relacional, o para iniciarse en ritos de paso o en algo impuesto en ciertos medios, pero que no implica un deseo erótico duradero.

· *Una homosexualidad estructural*, que da al individuo la impresión de haber nacido así aun cuando aquella proviene de un problema profundo vinculado con diversas etapas del desarrollo de la sexualidad infantil, y depende, entre otras cosas, de la etapa del espejo y de una problemática narcisista. Esta forma de homosexualidad puede ser relativamente irreversible.

Estas distintas formas de *homosexualidad* –como tantas conductas humanas posibles– descansan en determinadas motivaciones psíquicas. Estas pueden modificarse y ocasionar cambios en el individuo gracias a su evolución personal y eventualmente con ayuda de una psicoterapia.

El término "homosexualidad" expresa en realidad lo contrario de lo que enuncia, ya que dos personas del mismo sexo se encuentran, en el ámbito del homoerotismo, en una relación de fusión de lo mismo con lo idéntico. Constatamos una vez más que la negación de la diferencia sexual produce confusión en los pensamientos.

4. La problemática psíquica de la homosexualidad

¿Cómo se presenta la problemática psíquica *homosexual*? Quisiera situarla en la perspectiva dinámica de la economía de la vida psíquica.

4.1 La función de la elección de objeto homosexual

Los psicoanalistas no hablan de *elección de objeto homosexual* en el sentido de una atracción erótica, como se produce en la homosexualidad, que por lo demás debería definirse como homoerotismo, sino de la necesidad en el niño y el adolescente de identificarse con el semejante para acomodar su identidad sexual.

El concepto de homosexualidad induce a un ilogismo que remite a una forma de sexualidad objetivamente incoherente. Únicamente los hombres y las mujeres están separados sexualmente, cortados cada uno respecto del otro, y pueden por consiguiente unirse en la complementariedad de los sexos.

El psicoanálisis freudiano reconoce el rol de “la función *homosexual*” en el desarrollo psíquico. Se trata de una experiencia constituida por deseos e identificaciones en el momento en que la personalidad del niño, y más tarde del adolescente, se encuentra en una *identificación especular*, es decir, consigo mismo y con el igual a sí mismo, para reconocer ahí su imagen y afirmar su identidad. El individuo se contempla en sí mismo y en el otro, idéntico a sí mismo, para así adquirir mayor seguridad. Esta identificación, constituida por deseos e imitaciones psíquicas del padre y de otras personas del mismo sexo, representa una etapa provisoria para constituirse a partir del doble de sí mismo, pero también para diferenciarse de este y encaminarse hacia una elección de objeto sexualmente distinta a uno mismo. Esta diferenciación se produce entre lo idéntico y lo diferente. Se trata entonces de una etapa indispensable en la formación de la personalidad para desarrollar el propio *self* y adquirir así confianza en sí mismo, con lo cual el narcisismo de la persona se alimenta positivamente aceptándose, entre otras cosas, a través de su cuerpo sexuado y su identidad sexual. Pero el individuo corre el riesgo de fijarse en esta *identificación especular* por diversos motivos y de erotizar la relación con las personas del mismo sexo. La *elección de objeto homosexual* se convierte en una búsqueda homoerótica, que da forma a la homosexualidad.

El homoerotismo se encuentra así en la intersección del desarrollo del Yo y de la disfunción de la organización psíquica del vínculo con el objeto (es decir, con el otro). En esta etapa de desarrollo, la fijación es a menudo una “solución” defensiva para tranquilizarse con el fin de evitar una depresión a raíz de una carencia de aportación narcisista, como veremos más adelante.

La función de la *elección de objeto homosexual* que se prolonga y se convierte en homoerotismo marca así el fracaso de un juego de identificación y de un deseo primitivo que no logran elaborarse. En este caso, al provocar el fracaso una frustración en un aspecto estructural de sí mismo, el individuo corre el riesgo de erotizar lo que no consigue obtener mediante la identificación

malograda. Las primeras identificaciones tienen relación con la imagen del padre y de las demás personas del mismo sexo. Se reactivan en la adolescencia. ¿Qué ocurre cuando no se producen? La imagen inconsciente del padre del mismo sexo suele ser incierta o conflictiva o estar ausente, queriendo afirmarse al respecto y descalificándose la imagen hasta llegar a ser perseguidora. El individuo atribuirá este rol perseguidor a los demás cuando lo viva como dificultad de reconocimiento y como víctima. Cree ser víctima de los demás para no tener que reconocer la presión que experimenta con sus propias representaciones sexuales. Cuando el individuo toma conciencia de que el origen de sus representaciones se encuentra en él mismo, se sitúa de otra manera en relación consigo mismo y con los demás. Se proporciona los medios para actuar sobre sí mismo y sobre su economía interna. Puede decir “Yo” y llegar a ser más autónomo.

Se suele hacer una distinción entre “la homo afectividad” y el “homo erotismo”, que tiene un aspecto intelectualmente seductor, si bien no parece ser pertinente desde el punto de vista psíquico: estamos en el marco de la psicología de la homosexualidad y sin embargo la distinción solo se comprende en la heterosexualidad. En nombre de esta concepción, estaríamos dispuestos a reconocer que ciertos gestos podrían expresarse mejor en una de estas categorías que en la otra (besos, abrazos, caricias, etc.). ¿Debemos interrogarnos para saber si este tipo de gramática gestual no es una concesión ética que parece ser una tentativa por salir del paso? Se trata siempre de gestos homosexuales aun cuando no hay gestos directamente sexuales. La mentalidad compasional de la época actual suele dar a entender que sería deseable otorgar a pesar de todo cierta liberalidad a las personas comprometidas en ciertas situaciones. Actuando de este modo correríamos el riesgo de justificar y trivializar situaciones y prácticas contrarias al sentido de la pareja y de la familia. La reflexión ética no puede reducirse a mera investigación de la gestión de los comportamientos humanos en nombre del mal menor y de una interpretación aproximativa de la ley de gradualidad¹².

Estas distintas formas de homosexualidad –como tantas conductas humanas posibles– descansan en determinadas motivaciones psíquicas. Estas pueden modificarse y ocasionar cambios en el individuo gracias a su evolución personal y eventualmente con ayuda de una psicoterapia.

4.2 El rol de la bisexualidad psíquica

Si bien la identidad es un dato objetivo de hecho (somos hombre o mujer), el deseo sexual (en lenguaje actual, *la orientación sexual*) se elabora según las etapas específicas del desarrollo de la vida afectiva. La etapa de la bisexualidad psíquica es especialmente decisiva para articular la identidad con la orientación sexual.

¿Cómo debe entenderse el concepto freudiano de bisexualidad psíquica? Estructuralmente, lo que está en juego es lo siguiente: esta bisexualidad se

¹² Ver J. M. LUSTIGER, “Gradualité et conversion”, *La Documentation Catholique*, n. 1826 del 21 de marzo de 1982, Editions Bayard Presse, pp. 315-322.

produce cuando la persona interioriza la diferencia sexual. Eso significa que llega a ser capaz de hacer dialogar a ambos sexos en su interior y no, como se afirma a menudo, de ser a la vez hombre y mujer. No somos ni sexualmente indeterminados ni portadores de ambos sexos: somos varón o hembra, con todas las consecuencias psicológicas y simbólicas propias de esta disposición. La vida psíquica opone a menudo resistencia a aceptar la dualidad de los sexos a causa de la fantasía de la unisexualidad (el niño imagina que solo hay un sexo) y aun más al pretender la persona que la naturaleza se ha equivocado de cuerpo cuando psicológicamente su deseo (homosexualidad, travestismo, transexualismo) va al encuentro de su identidad corporal. Al asumir la realidad del cuerpo sexuado del hombre

y de la mujer, el individuo tiende a pensar que el sexo constituye el género, a pesar de ser esto negado por la *teoría del género*. Esta ideología se presenta como un nuevo idealismo, suponiendo que la persona humana puede disociar y pasar por alto su cuerpo real en beneficio de un cuerpo ideal. La ideología del *género* participa en la desencarnación del cuerpo y la sexualidad en nombre de la supremacía del deseo concebido como una hipóstasis a través de la noción pseudo-ontológica y sacralizada de *orientación sexual*. El individuo, encerrado en su representación sexual, la confunde con un deseo, como si la pulsión debiese encontrar su fin en sí misma, en vez de dejar despertar y desarrollarse su deseo en contacto con los demás y con la realidad para así entrar en una relación objetal.

El fracaso del proceso de la bisexualidad psíquica favorece diversas tendencias sexuales problemáticas: no simbolización de la diferencia sexual; alternancia de la relación con personas del mismo sexo o del otro sexo; dificultad de acceso al sentido de las distinciones afectivas, racionales y sociales; reivindicaciones narcisistas desplazadas de lo que está realmente en juego; vacilación y confusión de la identidad al aparecer deseos homoeróticos, transexuales o incluso pederastas. Estas constituyen por consiguiente una serie de etapas y tareas psíquicas que si no se modifican, pueden instalar

al individuo en los primeros estados de la vida afectivo-sexual. El niño, al igual que el adolescente, experimenta vacilaciones de identidad que modifica gracias a la bisexualidad psíquica para así inscribirse en la dinámica de la alteridad sexual. Esto explica por qué hombres y mujeres casados y con hijos dicen “cambiar” de orientación sexual, a menudo después de una secuencia depresiva, y se divorcian. Así, la homosexualidad suele ser síntoma de una *depresión originaria* (angustia de pérdida) cuyas regresiones en la edad adulta reactivan conflictos intrapsíquicos enmascarados tras diversas resistencias.

La teoría del género se presenta como un nuevo idealismo, suponiendo que la persona humana puede disociar y pasar por alto su cuerpo real en beneficio de un cuerpo ideal. La ideología del género participa en la desencarnación del cuerpo y la sexualidad en nombre de la supremacía del deseo concebido como una hipóstasis a través de la noción pseudo-ontológica y sacralizada de orientación sexual.

4.3 Los problemas psíquicos que dan origen al homoerotismo

En sus primeros trabajos (1905)¹³, Freud considera que la homosexualidad es una orientación “perversa” y no una enfermedad: “*Los homosexuales no deben ser tratados como enfermos, ya que una orientación perversa está lejos de ser una enfermedad*”. La definición de sexualidad “perversa”, es decir, una fijación con fines sexuales primitivos, le permite abordar la homosexualidad como un complejo, un conflicto intrapsíquico, que pierde su movilidad en la vida interna y se encuentra restringido en la negación íntima de la diferencia sexual, provocando diversos efectos patógenos¹⁴. Ciertamente, un conflicto psíquico no constituye como tal una enfermedad psiquiátrica aun cuando esté ligado con otras fases de la *libido* e impida su desarrollo. Este conflicto se presenta no obstante como una atrofia de la sexualidad. Determinará psicológicamente la personalidad y condicionará sus representaciones y su relación con los demás, que a menudo presentan problemas. Tendrá asimismo consecuencias tanto más importantes en el comportamiento y en la vida social en la medida que la cultura no siempre proporciona medios para sublimar y transformar en vínculo social las identificaciones primarias homosexuales.

En 1935, Freud precisa su pensamiento: “*La homosexualidad no es ciertamente una ventaja, pero (...) nos parece ser una variante del desarrollo sexual*”. Al utilizar esta última noción de “*variante*”, está indicando que el desarrollo afectivo y sexual ha seguido un itinerario especial y desemboca en una forma de sexualidad carente de la interiorización de una dimensión esencial: la alteridad sexual.

No se trata entonces de una sexualidad alternativa en relación con la heterosexualidad, como se pretende actualmente, sino de un deseo de la economía sexual infantil, es decir, de la primera sexualidad, que no se ha modificado. Se presenta como una defensa y una forma de desviación en comparación con la realización que representa el acceso a la heterosexualidad y al deseo de una relación establecida entre un hombre y una mujer. Puede considerarse como un fracaso provisorio o permanente de la persona al no saber abordar las pulsiones parciales en la psicología genital y no poder diferenciar el Yo de las pulsiones. Esta falta de distinción es consecuencia de un problema narcisista del individuo, que no logra aceptarse y estimarse.

La personalidad narcisista tiene a menudo una confusión entre el Yo y las pulsiones, y presenta una carencia de simbolización de lo sexual cuando el *pene* (órgano masculino) se confunde con el *falo* (coincidencia consigo mismo, confianza en sí mismo y en sus propias fuerzas). El individuo se toma así por objeto de su propio deseo a través del igual y el semejante y en

No hay lugar para la alteridad. Ciertamente, dos personalidades distintas están claramente en presencia una de otra y pueden experimentar apego y sentimientos muy fuertes, pero la relación homosexual carece de las condiciones psicológicas para tener acceso al sentido de alteridad, de lo totalmente distinto basado en la interiorización de la diferencia sexual.

13 S. FREUD, *Trois essais*, op. cit.

14 Ver A. LEVY-VALENSI, *Le grand désarroi aux racines de l'homosexualité*, Éditions Universitaires, Paris, 1973.

este sentido es pertinente considerar esta inclinación interna como efecto patógeno de una dimensión de lo real que él no logra integrar. Freud decía que las personalidades homosexuales estaban “en busca de un objeto imposible de encontrar” a través de la sobrevaloración del pene.

Las numerosas hipótesis psicológicas puestas en perspectiva por Freud son confirmadas y renovadas por la experiencia clínica. Gracias a esta última, la elaboración de la teoría psicoanalítica ha avanzado considerablemente en el tema de los orígenes y la economía psíquica de la homosexualidad. Esta presenta una serie de problemáticas vinculadas entre sí, de las cuales

recuerdo las principales:

- Si toda fijación homoerótica está relacionada con el ámbito de la depresión, el profesional no debe dejarse confundir por la actitud del paciente al presentar problemas sexuales, sino identificar y trabajar en psicoterapia o en tratamiento psicoanalítico los déficits y los desórdenes narcisistas del individuo.*
- la relación primordial con la madre cuando el niño constituye el mismo cuerpo con ella sin lograr diferenciarse: busca relaciones de fusión con este cuerpo;
 - la fase del espejo, es decir, de la identificación especular;
 - el conflicto de la bisexualidad psíquica y la interiorización de la diferencia sexual;
 - la elaboración de ciertas pulsiones parciales (anilidad con el problema de la posesión y el dominio, y fálica con el problema de la aceptación y la confianza en uno mismo);
 - la problemática de identificación con el padre del mismo sexo, con la relación de *objeto homosexual* de la infancia (identificación con el igual a uno);
 - el complejo de Edipo, con el rechazo de la imagen del padre como principio de diferenciación con la madre;
 - la modificación de la sexualidad pubertaria y del narcisismo;
 - la proyección inconsciente de los conflictos recién señalados, entre otros de los padres en el hijo.

Es importante volver aquí a la problemática de la bisexualidad psíquica y precisar brevemente que la homosexualidad masculina y la femenina no se manifiestan del mismo modo.

La bisexualidad psíquica, como hemos dicho, representa una de las realidades del estado inicial de la sexualidad humana. Es parte de la *sexualidad infantil*, que permanece siempre presente y activa en el inconsciente. No se confunde con la sexualidad del niño¹⁵. Constituye toda la problemática sexual del inconsciente, que se encuentra presente tanto en los niños como en los adultos. Por diversos motivos, el individuo puede estar sometido a la misma en vez de servirle de fuente de inspiración para elaborar sus pulsiones parciales mediante sublimaciones, es decir, producciones superiores. Las pulsiones parciales no pueden expresarse directamente sin ser mediatizadas por conductas sostenibles en lo real, siendo de lo contrario destructoras de vínculo. En cambio, las pulsiones parciales transformadas en el desarrollo libidinal genital, gracias a la resolución edípica y a la interiorización de la

¹⁵Ver J. BERGERET, *La sexualité infantile et ses mythes*, Dunod, Paris, 2004.

diferencia de los sexos y de las generaciones, producirán un tipo de necesidades variadas y complejas, que encontrará caminos de realización en la relación sexual de carácter mixto entre el hombre y la mujer.

La bisexualidad psíquica tiene también un rol cuando el niño va a integrar su identidad sexual en la continuidad del cuerpo sexuado a partir de una identificación inconsciente con los aspectos masculinos y femeninos de sus padres, pero también en la adolescencia con las imágenes del hombre y la mujer presentes en la sociedad. En efecto, la bisexualidad psíquica es la capacidad de reconocer íntimamente e interiorizar ambos sexos y hacerlos dialogar dentro de uno mismo y no el hecho de tener los dos sexos o de jugar a vivirlos al mismo tiempo. Contribuye asimismo a la interiorización de lo femenino en ambos sexos y a entregarse a la misma sin padecer la angustia de perder la propia identidad o ser devorado por la abertura del cuerpo femenino. Es una estructura dinámica de transformación psíquica que da acceso al otro al mismo tiempo que el sí mismo se funde, y luego al otro sexuado en sí mismo; pero es también señal de estado incompleto de la sexualidad cuando el adolescente vacila entre sentirse atraído por las personas de su propio sexo y del otro. Así, la homosexualidad encuentra su origen, entre otras cosas, en la alteración o el fracaso de la elaboración de la bisexualidad psíquica. Traduce la evitación precoz de la castración simbólica, es decir, la aceptación de los límites del propio sexo y la salida de la propia autosuficiencia sexual para dar espacio en ambos sexos a lo *femenino*. La aceptación de lo *femenino*, tanto en el muchacho como en la niña, es condición necesaria para el paso al sentido de la alteridad sexual. El padre tiene aquí un rol preponderante.

La mujer será para el homosexual objeto de aversión. Él se protegerá de esta aversión con un compañero del mismo sexo con el pretexto de que se tratará “de otra forma de amor” o de una “altersexualidad”. Sin embargo, esta no existe, es expresión de mala fe y no es sino un juego de palabras que impide pensar en el otro, puesto que la alteridad es el otro sexo; pero a este otro no puede representárselo ni tener acceso a su representación simbólica, y más aún cuando confunde el pene (sexo) con el falo (sentimiento de poder). En realidad, con este neo-lenguaje está enmascarando el rechazo del Tercero, su dificultad, es decir, su incapacidad de abandonar lo maternal y tener acceso a la alteridad sexual. Esta actitud es tan propia de la mujer como del hombre que se fija en la monosexualidad. ¿Cómo se presenta esta tendencia en la mujer y en el hombre?

· Para la mujer lesbiana, la madre se vive como un ser a quien es preciso proteger. Adopta una actitud de rivalidad con su padre para mostrarle que es más capaz que él de ser fuerte y amorosa para sostener a su madre (junto con despreciarla inconscientemente por otra parte y compensar excesivamente este complejo negativo queriendo protegerla). La joven se

Los líderes de opinión, inspirándose en la teoría del gender, considerando que cada uno está en libertad para atribuirse la identidad que desee, quieren sobre todo redefinir la pareja, el matrimonio, la familia, la concepción, la adopción y la educación de los hijos, determinando a partir de un hecho minoritario lo que estructuralmente depende de un hecho mayoritario y universal.

imagina victoriosa frente a su padre afirmando que no necesita un hijo: procederá totalmente sola en la autosuficiencia de la madre todopoderosa. No reconoce en la madre ni la menor carencia. Va a amar a otras mujeres con el fin, evidentemente inconsciente, de realizar con ellas la imagen viril del padre. Es una imagen infantil constituida por poder y potencia, y no por intercambios y complementariedad.

La persona (hombre o mujer) rechaza la idea de que es el hombre quien revela a la mujer su feminidad y la mujer quien revela al hombre su masculinidad. Este discurso de alteridad sexual es insostenible para la persona lesbiana u homosexual que se visualiza en su integridad como la madre.

· En el hombre homosexual, la madre también se vive inconscientemente como una persona sin carencia alguna. Él se identifica con esta integridad que garantiza la suya. Tomar conciencia de que la madre podría presentar alguna señal de carencia es intolerable para él y pone en tela de juicio su rechazo de la castración, es decir, en este caso, estar limitado en su identidad sexual. La angustia de este límite se transforma en descompensación, en una depresión, que marca la imposibilidad de alcanzar la alteridad sexual. El carácter depresivo es inherente en la inauguración de la homosexualidad y no proviene en modo alguno de un influjo social como se sugiere ante ciertos suicidios.

¿Es preciso recordar nuevamente que los asuntos de este tipo no se regulan en términos de compasión sino de razón? Seguimos no obstante procediendo con la misma ceguera intelectual mientras nos encontramos en un contexto de guerra ideológica con militantes que libran combate por modificar las normas en materia de sexualidad.

Una serie de conflictos, sin ser exhaustivos, se traduce en fijaciones en las cuales la persona no se permite encaminarse hacia la heterosexualidad. Existen por lo tanto diversas formas de homosexualidad basadas en distintos condicionamientos psíquicos, algunas de las cuales pueden modificarse hacia la heterosexualidad mientras otras son más complejas. La modificación de una orientación sexual depende de la movilidad psíquica y del deseo del individuo de cambiar y vivir de otro modo. Ciertos individuos, que han tenido un período de prácticas homosexuales, pueden modificarse o mantenerse y asumirse en la heterosexualidad sin necesariamente sufrir por eso, mientras otros vivirán lo contrario. Repitémoslo, es preciso visualizar aquí un movimiento de la economía de la bisexualidad original y de los conflictos de la vida psíquica, que son relativamente plásticos. Así, las personas pueden vivir modificaciones de su economía afectiva y de sus representaciones sexuales, es decir, asumirlas en la heterosexualidad o fijarlas en complejos.

4.4 Un problema narcisista

Lo esencial de la orientación homoerótica tiene lugar en una fijación en el *narcisismo primario*. Se trata de una fase clásica de la evolución sexual intermedia entre el interés por uno mismo y el interés por el otro. Freud resume este proceso clásico y necesario en el niño: *“El individuo comienza*

16 S. FREUD, *Cinq psychanalyses, le cas du président Schreber: une paranoïa* (1911), PUF, Paris, 1954.

por considerarse a sí mismo, a su propio cuerpo, objeto de amor"¹⁶, lo cual le permite la unificación de sus pulsiones parciales en el funcionamiento del Yo, mientras estas últimas son relativamente autónomas en el inconsciente.

En *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*¹⁷, el fundador del psicoanálisis insiste en este proceso narcisista para dar cuenta de la elección de objeto en los homosexuales, afirmando lo siguiente: estos "se consideran ellos mismos objeto sexual; parten del narcisismo y buscan personas parecidas a ellos a quienes puedan amar como su madre los ha amado a ellos mismos", o más precisamente, del modo como han concebido su vínculo materno, a partir del cual han interpretado las diversas etapas de evolución de su vida afectiva. Su actitud no significa que busquen a su madre, sino que están fijados en este modo de economía afectiva hasta llegar a convertirlo en una estructura relacional.

Freud y sus sucesores mostraron debidamente el rol del *narcisismo secundario* en el desarrollo de la vida psíquica de toda personalidad y el rol que se impone en la economía afectiva de las personas homosexuales. Este tipo de narcisismo designa una vuelta de la libido al Yo, separada de sus inversiones objetales. Se trata de una regresión en la cual el otro importa menos que la necesidad de afirmarse y estar retenido como objeto principal de interés con el igual y el semejante. No hay lugar para la alteridad. Ciertamente, dos personalidades distintas están claramente en presencia una de otra y pueden experimentar apego y sentimientos muy fuertes, pero la relación homosexual carece de las condiciones psicológicas para tener acceso al sentido de alteridad, de lo totalmente distinto basado en la interiorización de la diferencia sexual. Es un narcisismo tan defensivo, invasor y exigente que los demás se dejan fácilmente hipnotizar, intimidar y someter a este efecto de espejo. Así, una personalidad narcisista tendrá más poder para imponerse y reducir a los demás a sus inducciones inconscientes que una personalidad que haya integrado el sentido de la diferencia sexual y tenga sentido de los límites relacionales. Esta última no necesita reconocimiento intempestivo personal y social ni expresarse en forma de queja ni procurar constantemente seducir e imponerse para ser reconocida.

Siendo autosuficientes y negando tener carencias como toda persona humana, las personalidades que se encuentran en una configuración unisexuada del igual con el semejante corren riesgo a veces de desarrollar más fácilmente relaciones conflictivas cuando tienen la sensación de que los demás no tienen cabida en su sistema. Relaciones de odio, en el sentido freudiano del término, es decir, de una necesidad de autoafirmación sumamente agresiva, pueden manifestarse en una violencia extrema. En estas

El homoerotismo no deja de ser en alguna medida un problema psíquico en la elaboración de la vida sexual del individuo. La homosexualidad ya no aparece como tal en el Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-IV TR). La categoría de los "trastornos de la identidad sexual" se reduce de manera formal y superficial (behaviorismo) al travestismo y al transexualismo. Se descarta totalmente la dimensión intrasubjetiva de la elaboración de las pulsiones sexuales.

17 Versión de 1910, PUF, París, 1978.

condiciones, el diálogo suele ser difícil ya que hay dimensiones de la vida afectiva, relacional, social y moral que se le escapan al individuo.

Con posterioridad a Freud, la reflexión clínica psicoanalítica ha destacado a menudo los vínculos existentes entre la *paranoia* (creerse perseguido por los demás y deseo de denunciarlos, es decir, de entablar procedimientos) y la homosexualidad (la culpabilidad psíquica es inherente en la homosexualidad, con riesgo de proyectarse en los demás tratándolos como culpables)¹⁸. Algunas personas interpretan excesivamente a quienes critican sus reivindicaciones considerándolos homofóbicos u homosexuales reprimidos, o interpretan necesariamente toda amistad entre hombres o entre mujeres

La homosexualidad no puede concebirse como una diferencia, por cuanto representa una negación de la diferencia sexual. No es ni una alternativa ni una opción sexual entre otras ni una condición de vida que se podría instituir.

como homosexualidad (como si debieran vivir como ellos). Se trata de una interpretación proyectiva que manifiesta una exigencia de reconocimiento social cuando algunas personas no logran aceptarse a sí mismas, y manifiesta asimismo, en determinados individuos, un apetito por erotizar su relación con los demás. Este sistema de pensamiento –lo destaco nuevamente– depende psíquicamente de la confusión entre el Yo y las pulsiones.

4.5 La homosexualidad es un síntoma

En la perspectiva de una problemática narcisista, es preciso considerar el *homoerotismo* como síntoma y no como mera dificultad de orden sexual, y menos aún como forma alternativa de sexualidad.

Se trata en este caso de una interpretación excesivamente ideológica, que quisiera hacernos creer que estamos en presencia de otra forma de sexualidad, comparable con la que se vive entre un hombre y una mujer.

En realidad, el *homoerotismo* constituye una sexualidad compleja y sintomática, vinculada con las identificaciones primarias, y corresponde a una tentativa de restauración de la carencia narcisista que se encuentra en el fondo de la personalidad. La imagen del padre, tal como el niño la concibe, suele ser problemática. La mayor parte del tiempo hay individuos que sufren y se quejan de vivir con esta “orientación sexual” que los angustia y perturba profundamente. La viven como “una enfermedad”¹⁹. Algunos se resignan y se culpabilizan; otros se defienden más o menos agresivamente reprochando a su entorno el hecho de no ser aceptados. Desplazan así su problema buscando motivos fuera de ellos mismos. Por otra parte, algunos procuran olvidar con festividades y conductas adictivas, pero el clima depresivo está muy presente y activo. La tendencia homosexual suele ser difícil de asumir debido a la distancia existente entre la identidad y el deseo de buscar al igual a uno mismo. En cambio, quienes viven su deseo del otro (la persona del otro sexo) de manera coherente con su identidad sexual no enfrentan este tipo de separación ni experimentan sufrimiento, al menos en

18 Ver *Id., Névrose, psychose et perversion*, PUF, París, 1973.

19 P. PALMADE, “Interview”, *Paris Match* n. 3094, 4-10 de septiembre de 2008, p. 69.

este plano. Esta mera constatación muestra muy bien que la homosexualidad no cae por su propio peso y revela un problema en la organización psíquica de la representación mental del vínculo sexual.

A menudo escuchamos decir que una “homosexualidad” es imposible de curar si bien la interrogante se plantea de manera totalmente distinta. Si toda fijación *homoerótica*, como lo han mostrado numerosos trabajos psicoanalíticos y psiquiátricos²⁰, está relacionada con el ámbito de la depresión –es decir, con una carencia de inversión, y por tanto es narcisista–, el profesional no debe dejarse confundir por la actitud del paciente al presentar problemas sexuales, sino identificar y trabajar en psicoterapia o en tratamiento psicoanalítico los déficits y los desórdenes narcisistas del individuo. “De acuerdo con la metodología clínica del psicoanálisis freudiano, tenemos la posibilidad de contribuir a la determinación de los conflictos subyacentes en numerosas dificultades planteadas por los pacientes cuyas fijaciones homoeróticas representan una tentativa de resolución de su conflicto. El basamento depresivo de toda defensa homoerótica se manifiesta por último en la evolución espontánea bien conocida de los individuos que han creído poder rechazar toda ayuda psicológica en la medida en que poseían un poder de seducción narcisista suficiente sobre sus objetos privilegiados. Con la edad, esta capacidad de seducción se debilita y la depresión se manifiesta más visiblemente en diversos grados cuya intensidad no siempre es fácil prever anticipadamente”²¹.

Por este motivo, la frecuencia de tentativas de suicidio y suicidios llevados a cabo en esta población es un hecho inherente en la economía psíquica del *homoerotismo* si bien se desearía interpretarlos como producto de una influencia social negativa. ¿No es el hecho de proceder de este modo una manera de liquidar los conflictos intrapsíquicos y la escena interna de la persona, es decir, su inconsciente? Al envejecer, la mayoría de las personas homosexuales ven manifestarse dificultades depresivas que han permanecido subyacentes anteriormente en su vida psíquica, enmascaradas por sus prácticas sexuales. Las interrogantes subsisten y asedian dolorosamente a la mayor parte de las personas. Pueden compensarse nuevamente con actitudes reivindicatorias y agresivas y con ideales emocionales contra la sociedad y la Iglesia.

Es comprensible que en una sociedad en la cual las personas son cada vez más narcisistas, se valoricen los fenómenos vinculados con el *homoerotismo*. En el contexto actual, es difícil preguntarse al respecto y ver un problema psíquico en la génesis del desarrollo afectivo de la personalidad. Los líderes de opinión, inspirándose en la teoría del *gender*, considerando que cada uno está en libertad para atribuirse la identidad que desee, quieren sobre todo

Ya no se trata aquí de prestar atención a personalidades con dificultades, sino de hacer todo lo posible por cambiar la concepción de la sexualidad humana y llevar a cabo una acción política contra la sabiduría de los pueblos.

20 Ver A. GREEN, *La causalité psychique*, Odile Jacob, París, 1995.

21 J. BERGERET, *L'érotisme narcissique*, Dunod, París, 1999.

redefinir la pareja, el matrimonio, la familia, la concepción, la adopción y la educación de los hijos, determinando a partir de un hecho minoritario lo que estructuralmente depende de un hecho mayoritario y universal. En la teoría del *género*²², se afirma curiosamente que si la diferencia sexual (hombre/mujer) es secundaria, cada uno es libre de atribuirse la identidad que desee. Encontramos una vez más la confusión entre orientación e identidad sexual, que es síntoma de la confusión entre las pulsiones y el Yo, la cual desemboca en la confusión entre sentimientos e ideas. La persona permanecería así en los indeterminismos sexuales iniciales. Semejante visión de la sexualidad es regresiva y no incita a elaborar la economía de las pulsiones parciales a imagen de ciertas producciones del arte contemporáneo.

La homosexualidad se ha convertido en un nuevo paradigma a partir del cual habría que concebir de otro modo la sociedad. Lo que está en juego y la lucha son aspectos de carácter político, como ya lo recalqué al señalar el nuevo apelativo con el cual desean reconocerse algunas personas: los gay.

5. La problemática social anula la reflexión sobre los orígenes de la homosexualidad

La *homosexualidad* fue eliminada de la lista de *afecciones mentales* de la sección 302, titulada “Desviación sexual”, a raíz de la acción política de las asociaciones homosexuales (en 1973 por la Asociación Americana de Psiquiatría (APA): de 10.000 papeletas de votación, 5.816 a favor, 3.817 en contra y 367 abstenciones)²³. Esta votación se llevó a cabo sin discusión alguna y menos aún recurriendo a estudios científicos. Fue producto de una vigorosa militancia y de la presión de las asociaciones homosexuales.

Por primera vez en la historia, se quiso reglamentar una cuestión científica mediante una mera votación, sin recurrir a una reflexión seria. Esta decisión se tomó pasando por alto los conocimientos disponibles en materia psicológica y antropológica sobre la sexualidad humana. La APA quiso dar una respuesta política a un problema que requería una respuesta científica. Sin embargo, como se infiere al examinar el procedimiento aplicado, los miembros de la APA procuraron más bien favorecer un clima susceptible de ser más acogedor en relación con las personas afectadas por este problema psíquico que tomar una decisión definitiva en el tema de la homosexualidad. A pesar de todo, esta decisión se interpretó como una sentencia científica, suprimiéndose todos los debates ulteriores al respecto.

¿Es preciso recordar nuevamente que los asuntos de este tipo no se regulan en términos de compasión sino de razón? Seguimos no obstante procediendo con la misma ceguera intelectual mientras nos encontramos en un contexto de guerra ideológica con militantes que libran combate por

²²Ver CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA, *Lexicón: Términos ambiguos y discutidos sobre familia*, Librería Vaticana. Traducido al francés: París, Téqui. Obra traducida también al inglés, alemán, árabe y español.

²³Ver nota en Anexo.

modificar las normas en materia de sexualidad. Sería preciso –nos dicen– suprimir las normas heterosexistas en beneficio de normas plurisexuales. Es una visión paradójica, por cuanto la sociedad solo puede ser heterosexual aun cuando haya personas viviendo de otro modo. Casos individuales y situaciones específicas pueden merecer la atención y la solidaridad de los ciudadanos, pero nunca han sido fuente de inspiración para establecer normas que por definición tienen valor universal.

El *homoerotismo* no deja de ser en alguna medida un problema psíquico en la elaboración de la vida sexual del individuo. Si bien ha sido considerada en un período reciente “un trastorno” de la identidad sexual, la *homosexualidad* ya no aparece como tal en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM–IV TR)²⁴. La categoría de los “trastornos de la identidad sexual” se reduce de manera formal y superficial (behaviorismo) al *travestismo* y al *transexualismo*. Se descarta totalmente la dimensión intrasubjetiva de la elaboración de las pulsiones sexuales mediante un sistema de representaciones psíquicas idiosincrásicas.

Después de suprimirse la *homosexualidad* en la lista de *afecciones sexuales*, y bajo el influjo de las asociaciones militantes, hemos pasado por una serie de consideraciones, empezando por enfocar la *homosexualidad* como una *diferencia* y mera *alternativa* en relación con la heterosexualidad. Luego, en un segundo período, se presentó como una de las múltiples *formas* de la sexualidad humana. En la época contemporánea, debería aparecer como una *condición sexual* (una identidad) que posee enteramente su valor en sí misma al igual que otros tipos de sexualidad (ver la teoría del *gender* o la teoría *queer*). Como hemos dicho, la homosexualidad no puede concebirse como una diferencia, por cuanto representa una negación de la diferencia sexual. No es ni una alternativa ni una opción sexual entre otras ni una condición de vida que se podría instituir. Ya no se trata aquí de prestar atención a personalidades con dificultades, sino de hacer todo lo posible por cambiar la concepción de la sexualidad humana y llevar a cabo una acción política contra la *sabiduría de los pueblos*. La mayoría de los ciudadanos permanece ciega ante estas reivindicaciones y todavía no se da cuenta de los cambios que se le imponen al modificarse las legislaciones y los textos escolares destinados a enseñar las Ciencias de la Vida, que difunden una concepción de la sexualidad basada en las orientaciones sexuales, la contracepción y el aborto. Es una visión que no considera

El problema que debería abordarse en la esfera psíquica se desplaza al ámbito social para así considerarse únicamente en el plano político. Sostener a partir de esta situación la idea de que gracias a una psicoterapia o un tratamiento psicoanalítico ciertas personas han podido, en ciertos casos, modificar su orientación sexual se considera inaceptable, es decir, incluso está prohibido pensarlo.

24 Asociación Americana de Psiquiatría, DSM-IV TR, Masson, París, 2003, p. 666 y p. 672. Este manual, de inspiración *comportamentalista*, es una regresión intelectual y hace caso omiso de todos los descubrimientos hechos recientemente en materia psiquiátrica gracias al psicoanálisis freudiano. No considera la historia de la personalidad del individuo ni sus conflictos internos ni la forma de elaboración de las pulsiones sexuales. Esta al unísono con la crisis de la interioridad contemporánea.

25 Ver T. ANATRELLA (ed.), *La tentation de Capoue*, Cujas, París, 2008.

el sentido de la pareja, de la familia y del matrimonio ni el sentido de la sexualidad en la pareja constituida por un hombre y una mujer²⁵.

Junto a este movimiento ha habido una voluntad ideológica que se niega a examinar las motivaciones y las razones que conducen a una personalidad a orientarse hacia el *homoerotismo*. La homosexualidad se ha convertido en un nuevo paradigma a partir del cual habría que concebir de otro modo la sociedad. Lo que está en juego y la lucha son aspectos de carácter político, como ya lo recalqué al señalar el nuevo apelativo con el cual desean reconocerse algunas personas: los gay. El problema que debería abordarse en la esfera psíquica se desplaza al ámbito social para así considerarse únicamente

Esta negación es, por decir lo menos, extraña por cuanto hay profesionales observando esta transformación en su experiencia clínica. Es importante por consiguiente preguntarse por los orígenes del homoerotismo; pero en el contexto actual se impide a los clínicos y a los investigadores entrar en este cuestionamiento a menos que justifiquen el fenómeno de la homosexualidad.

en el plano político. Sostener a partir de esta situación la idea de que gracias a una psicoterapia o un tratamiento psicoanalítico ciertas personas han podido, en ciertos casos, modificar su orientación sexual se considera inaceptable, es decir, incluso está prohibido pensarlo. Esta negación es, por decir lo menos, extraña por cuanto hay profesionales observando esta transformación en su experiencia clínica. Es importante por consiguiente preguntarse por los orígenes del *homoerotismo*; pero en el contexto actual se impide a los clínicos y a los investigadores entrar en este cuestionamiento a menos que justifiquen el fenómeno de la *homosexualidad*. La estrategia es deliberadamente política con su intención de aceptar, validar y modificar la ley integrando el fenómeno homosexual. Se han ejercido también presiones sobre la Iglesia para que piense y proceda más allá de la relación de pareja establecida entre un hombre y una mujer. Y lo que es aún más grave, se ha establecido socialmente una verdadera censura, y en nombre de la homofobia se ha creado un delito de opinión en la legislación francesa (2005). Además, medidas penales pueden en lo sucesivo sancionar declaraciones sobre la homosexualidad, lo cual neutraliza la reflexión y la investigación clínica. La policía de las ideas está así en acción y muestra una vez más que es difícil y peligroso pensar contra la propia época.

Conclusión

1. He querido destacar que el origen del fenómeno de la homosexualidad debe buscarse más bien en la forma como la persona organiza sus representaciones sexuales en conformidad con las distintas fases del desarrollo de su vida psíquica que en un determinismo genético o biológico. Las diversas formas de homosexualidad son producto de las pulsiones parciales o de las identificaciones iniciales no modificadas y están vinculadas con las mismas. Si bien ciertas investigaciones no excluyen la posibilidad de detectar efectos genéticos en otras localizaciones del genoma humano, eso no modifica en gran medida los problemas presentados por lo que se llama

la *homosexualidad*, sobre la cual hay quienes quisieran demostrar y justificar que es una realidad natural y por lo tanto normal. Se trata de saber si se puede redefinir la pareja, el matrimonio y la filiación a partir del *homero-tismo* e institucionalizar la homosexualidad.

2. Sabemos que en otro plano de las patologías pueden existir tendencias en forma latente y por ello sin manifestarse. De hecho la sexualidad depende al menos de cien genes, y como destacan los genetistas, es preciso tomar en cuenta también la influencia del medio ambiente, el posicionamiento afectivo del individuo y la psicología individual para comprender el desarrollo de la personalidad y de su orientación sexual. Cabe señalar que existe una tendencia actual a “ontologizar” la expresión *orientación sexual* en situaciones en que no hace mucho tiempo simplemente hablábamos de *deseo*. La identidad del individuo es permanente sobre todo cuando existe coherencia con sus deseos (su orientación sexual). En cambio, el deseo (denominado orientación sexual) puede llegar a ser cambiante e inestable si bien en el mejor de los casos está regulado por el principio freudiano de *constancia*.

En otras palabras, una *orientación* y en mayor medida un deseo no constituyen una identidad. Hoy confundimos *orientaciones* con la *identidad* sexual, y especialmente en personalidades que no logran articular sus deseos (orientaciones) con su identidad sexual. La identidad sexual es algo dado que el hombre o la mujer reciben, aceptan e integran, mientras la orientación (el deseo) es producto de una elaboración de las pulsiones sexuales. La psicología de la personalidad siempre se desarrolla como extensión de la forma en que el individuo interioriza su identidad sexual a partir de su cuerpo sexuado.

3. En algunos casos, gracias a la psicoterapia o al tratamiento psicoanalítico, ha sido posible para un individuo vivir una modificación profunda de su orientación sexual. Se trata del resultado de un verdadero trabajo psíquico consigo mismo y no de una reeducación inducida y forzada mediante métodos psico-religiosos discutibles; pero en el contexto actual los profesionales no tienen derecho a dar a conocer su experiencia clínica en la materia. Se admite más fácilmente que un heterosexual se convierta en homosexual, pero no lo contrario, ciertamente, lo cual muestra la influencia ideológica al respecto.

4. Sería peligroso e inútil querer educar a los jóvenes a partir de la homosexualidad. Esta no constituye un modelo transmisible con el mismo título con que los educadores van a ayudar a los jóvenes a desarrollarse para alcanzar una madurez afectiva y sexual en coherencia con el dato de su identidad, con el fin de tener en perspectiva la formación de una pareja y una familia mediante el compromiso del matrimonio. Cuando en nombre de la homofobia se quiere presentar la homosexualidad como sexualidad alternativa, los jóvenes experimentan un profundo malestar. Tienen la

Cuando en nombre de la homofobia se quiere presentar la homosexualidad como sexualidad alternativa, los jóvenes experimentan un profundo malestar. Tienen la impresión de ser incitados a experimentar una regresión hacia donde han logrado en su recorrido psíquico elaborar sus primeras identificaciones narcisistas, la bisexualidad psíquica y la diferencia sexual.

impresión de ser incitados a experimentar una regresión hacia donde han logrado en su recorrido psíquico elaborar sus primeras identificaciones narcisistas, la bisexualidad psíquica y la diferencia sexual. El discurso social sobre la homosexualidad tropieza con una madurez en proceso de construcción, haciendo suponer a los jóvenes que pueden permanecer y vivir en conformidad con los modos primarios de la sexualidad, de la no resolución del complejo de Edipo y del mantenimiento de la crisis pubertaria. Dicho en términos simples, deberían fijarse en una sexualidad adolescente y en las prácticas de la sexualidad infantil. Semejante perspectiva es contraproducente a largo plazo, contradictoria para la maduración afectiva y sexual y la calidad del vínculo social, y fuente de inseguridad para las personalidades cuando el discurso cultural ya no es capaz de honrar lo que humaniza la sexualidad humana.

El discurso social sobre la homosexualidad tropieza con una madurez en proceso de construcción, haciendo suponer a los jóvenes que pueden permanecer y vivir en conformidad con los modos primarios de la sexualidad, de la no resolución del complejo de Edipo y del mantenimiento de la crisis pubertaria.

a) ¿Qué dice la teoría del género?

· Presenta la construcción del género masculino o femenino separada de la identidad corporal. El individuo es abstraído de su cuerpo dándose a entender que su identidad es consecuencia de los modelos sociales de una época. La ley democrática es lo que produciría al hombre. Por consiguiente, no habría nadie detrás del cuerpo.

· El *gender* es una filosofía que niega la identidad personal del individuo y la diferencia sexual que constituye la humanización de las personas. La diferencia de sexualidades debería sustituir la diferencia sexual del hombre y la mujer.

· De este modo a la homosexualidad se la muestra como otra diferencia, si bien es la negación de todas las diferencias. No puede representar un valor social a partir del cual la sociedad podría organizarse y fundar el matrimonio y la familia.

· El derecho a la paternidad debe ser reconocido para todos en nombre de la igualdad de los ciudadanos ante la ley, independientemente de la situación de cada uno en particular. Ahora bien, el matrimonio y la paternidad requieren condiciones objetivas para ser posibles. El matrimonio solo tiene relación con el compromiso de un hombre y una mujer, los únicos que pueden formar una pareja. Un hijo es igualmente inconcebible entre personas del mismo sexo. No es posible concebir a otro con el igual y el semejante. El llamado a la vida de otro solo se realiza con otro, y es preciso ser tres para amar conyugal y familiarmente. Así, en la homosexualidad faltan numerosas dimensiones de lo real. Por este motivo, la pareja, el matrimonio y la vida conyugal, la familia y la paternidad solo pueden fundarse y compartirse en el seno de una relación constituida por un hombre y una mujer, los cuales representan un principio de humanización requerido por la sociedad para manifestar el sentido de la alteridad, de la generación y del amor.

· La *teoría del género* se basa en la inversión de los valores que imponen el matrimonio de los contrarios. Se trata de una impostura que la mayor

parte del tiempo bloquea la inteligencia de los ciudadanos y ciega a los responsables políticos cuando toman decisiones legislativas en oposición a la verdad de la vida conyugal y familiar.

b) La homosexualidad se desarrolla sobre la base de un conflicto intrapsíquico a menudo vinculado con la imagen del Padre (como función simbólica de la diferenciación, de la autoridad y de la autonomía psíquica). Como lo he mostrado, en este tipo de psicología se desarrolla una forma de odio en sentido freudiano. Este se traduce en términos de violencia contra la persona misma y eventualmente contra su entorno y todas las instituciones que dictan la ley (la sociedad, la familia y la Iglesia). Son actitudes que reflejan un conflicto con respecto al Padre y una necesidad de reconocimiento que no puede realizarse en cualquier tipo de condiciones.

Deseo recordar nuevamente que, a pesar de esta constatación, hay quienes llegan a sostener distinciones entre “homo afectividad” y “homo erotismo” (ver el teólogo moralista francés X. Thévenot). Parecen interesantes a primera vista, pero ante la reflexión presentan problemas en el plano psicológico y ético. En efecto, estas distinciones solo pueden comprenderse, como ya he destacado, con una psicología heterosexual de acuerdo con la cual el individuo haya integrado la dualidad de los sexos, pero son más discutibles en el marco de una psicología homosexual. En otras palabras, lo que es concebible en el marco de la heterosexualidad es más difícil de concebir en el marco de la homosexualidad. Lo mismo ocurre con la concepción de una gramática de los gestos posibles en un caso más bien que en otro. Es una perspectiva conceptualmente agradable, pero difícilmente sostenible y aplicable en la realidad y menos aún con una base teórica. Sería inoperante y contrario a la verdad ética adoptar este tipo de enfoque en una pastoral. No se debería transformar la teología moral –sumamente influenciada por las ciencias humanas– en moral de *situación* ni en moral del *consenso* en nombre del mal menor. Debemos acompañar a algunas personas para que puedan asumirse y progresar psicológica y moralmente más que ser justificadas y reconfortadas en nombre de una *moral de gestión* (L. Melina)²⁶, en situaciones problemáticas y sin esperanza. Es propio de la misión de la Iglesia llamar a las personas a vivir y asumir ciertas particularidades en conformidad con su enseñanza, inspirada en las Escrituras, y no mantener situaciones incompatibles con el sentido conyugal y de la familia.

La persona inserta en la heterosexualidad muestra haber logrado la madurez afectiva y sexual, es decir, que las estructuras básicas de su personalidad se encuentran relativamente establecidas. En cambio, la homose-

Dicho en términos simples, deberían fijarse en una sexualidad adolescente y en las prácticas de la sexualidad infantil. Semejante perspectiva es contraproducente a largo plazo, contradictoria para la maduración afectiva y sexual y la calidad del vínculo social, y fuente de inseguridad para las personalidades cuando el discurso cultural ya no es capaz de honrar lo que humaniza la sexualidad humana.

26 Ver L. MELINA, “Des limites pour la liberté? Les conflits de devoir”, *Anthropotes* 2 (2004), pp. 379-391.

xualidad es síntoma de una profunda inmadurez y de no haberse llevado a cabo el desarrollo afectivo y sexual del individuo. No se visualiza de qué manera un complejo psíquico constituiría una fuente objetiva de derechos (más allá de los derechos inherentes de todos los hombres) y una fuente de inspiración de normas o de atenuación de las normas morales. En nombre de la “cultura” gay, se prohibiría a los demás expresarse contra esta forma de “cultura” (sería más justo hablar de “moda” que de cultura) y sería legítimo reconocer toda especie de reivindicaciones vinculadas con el matrimonio y la filiación bajo pena de ser tratados como *homofóbicos*, la nueva infamia mediática. Por este motivo debemos evitar desplazar la necesidad de reconocimiento de sí mismo (lo cual el individuo no logra realizar cuando presenta un *self* desfalleciente) en términos de reconocimiento social, lo cual no es lo mismo en el plano social y en el plano pastoral.

La homosexualidad no es un don y menos aún un don de Dios como afirman algunos so pretexto de sentirlo así. Tampoco es admisible dar a entender, en el dominio pastoral, que en la medida en que las personas homosexuales se amen y sean fieles, su “unión” sería legítima.

c) La homosexualidad no es un don y menos aún un don de Dios como afirman algunos so pretexto de sentirlo así. Tampoco es admisible dar a entender, en el dominio pastoral, que en la medida en que las personas homosexuales se amen y sean fieles, su “unión” sería legítima. Por este motivo es importante comprender y saber qué es la homosexualidad; de lo contrario, corremos riesgo de conclusiones precipitadas a imagen de lo que ocurre en la sociedad.

La acogida pastoral de estas personas –tema ya abordado por la Congregación para la Doctrina de la Fe– es siempre un componente de la acción pastoral, evitándose generar estructuras especiales. Existen algunas asociaciones que tienen una acción positiva con estas personas manteniéndose al mismo tiempo fieles a la enseñanza de la Iglesia. En cambio, otras asociaciones que se presentan como “cristianas” desarrollan discursos y adoptan conductas que se oponen al espíritu del Evangelio y al Magisterio. Estas últimas pretenden querer hacer evolucionar a la Iglesia con el fin de conducirla a aceptar la homosexualidad como una forma “de amor” deseada por Dios. Son a menudo apoyadas por sacerdotes y producen graves confusiones pastorales. Los obispos deben recordar a unas y otros que se alejan de las Escrituras y de la Tradición eclesial y que en ningún caso pueden recibir el apoyo de la Iglesia.

Así, a menudo se comprueba que quienes están directamente involucrados en la homosexualidad encuentran grandes dificultades para interrogarse realmente sobre ellos mismos y ponerse en tela de juicio. Permanecen en argumentos de autosatisfacción y autojustificación, y procuran demostrar que viven otra forma “de amor”. Solo se puede encontrarles razón destacando que ciertamente se trata de un amor, pero un amor narcisista que en nada corresponde con el amor oblativo que está en el origen de la pareja, del carácter conyugal y de la filiación. Está incluso en contradicción con

el sentido del amor cristiano tal como se manifiesta en la esencia del Dios Trinitario: la Caritas²⁷.

La pastoral de las personas con diversas dificultades afectivas debe inscribirse en la pastoral de la vida conyugal y familiar. Así mostrará a partir de qué realidades estructurantes es posible abordar y tratar las dificultades con el fin de vivir una auténtica vida espiritual alimentada por el sacramento de Cristo. El enfoque pastoral del ministerio de la misericordia siempre se lleva a cabo en la alianza de la verdad y la caridad.

ANEXO: HISTORIA DE UNA NORMALIZACIÓN

A propósito de la decisión de la Asociación Americana de Psiquiatría de suprimir la homosexualidad en la lista de afecciones sexuales en 1973.

Con anterioridad a 1973, la homosexualidad era clasificada por esta asociación como una *afección mental* en la sección 302 titulada “Desviación sexual”. La sección 302 especificaba, entre otras cosas, que las personas homosexuales “constituyen una categoría de individuos cuyo interés sexual está prioritariamente dirigido hacia objetos distintos a la persona del otro sexo, hacia relaciones sexuales (...) llevadas a cabo en circunstancias extrañas (...). Si bien algunos consideran sus propias prácticas desagradables, sin embargo no son capaces de sustituirlas por un comportamiento sexual normal”.

Entre 1970 y 1972, la Asociación Americana de Psiquiatría es víctima de represalias recurrentes de parte de grupos de presión que militan por la promoción de la homosexualidad. En sus tres congresos anuales, algunos miembros de estos grupos, falsificando tarjetas de asistencia, producen sistemáticamente agitación, llegando a arrancar el micrófono de manos de los conferencistas para dirigirse por la fuerza a los congresistas y amenazarlos.

En 1972, Frank Kameny, una persona homosexual militante asociada al Frente de Liberación Gay (*Gay Liberation Front*), logra obtener dentro de la organización el apoyo de algunos psiquiatras de alto rango con tendencia homosexual. Kent Robinson, miembro de la APA, lo ayudó a formular una solicitud de eliminar la homosexualidad en el DSM-II²⁸. Ese año, durante

La acogida pastoral de estas personas –tema ya abordado por la Congregación para la Doctrina de la Fe– es siempre un componente de la acción pastoral, evitándose generar estructuras especiales. Existen algunas asociaciones que tienen una acción positiva con estas personas manteniéndose al mismo tiempo fieles a la enseñanza de la Iglesia.

²⁷ Ver BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*.

²⁸ El *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) es el manual de diagnóstico y estadística de los trastornos mentales más utilizado por los profesionales de la salud mental en los Estados Unidos para codificar sus diagnósticos. Es un instrumento discutible, que no da cuenta de la realidad de todas las afecciones. Es más ideológico que propiamente clínico.

el congreso, militantes homosexuales consiguieron incluso instalar allí un quiosco llamado "Gay, orgulloso y sano de espíritu". Se autorizó a Kameny participar en un panel de debate sobre la homosexualidad.

Poco antes del congreso siguiente, de 1973, varios psiquiatras contrarios a la gestión de Kameny se organizaron para obstaculizarlo. Los doctores Irving Bieber y Charles Socarides, psicoanalista (uno de los más eminentes especialistas en el tema de la homosexualidad y un excelente profesional), participaron en esta iniciativa. Con posterioridad a importantes presiones políticas, un comité de la APA tuvo un encuentro a puerta cerrada para debatir sobre la solicitud de Kameny. Según el testimonio del doctor Jeffrey Satinover (autor del libro *Homosexuality and the Politics of the Truth*), solo se concedieron quince minutos a sus opositores para presentar sus argumentos. En definitiva, el comité decidió por mayoría someter la solicitud de Kameny a una próxima votación de los 10.000 miembros de la APA. Se prefirió proteger las sensibilidades en vez de reconocer el sentido de la sexualidad humana en lo que tiene de más coherente y más constructivo. Una vez más, una minoría activa tomó el poder y fue seguida a ojos cerrados por personas importantes, poco preocupadas de las consecuencias de su ceguera y de las manipulaciones de las cuales eran objeto.

A varios miembros de la APA, esta manera de proceder les pareció una flagrante falta de metodología, que solo puede explicarse por la intimidación ejercida en la profesión por los efectos combinados de la revolución sexual, del movimiento de los derechos civiles, de los derechos de las minorías y de los derechos de la mujer. En vez de consultar lo que afirmaba la ciencia reciente sobre el tema, especialmente el psicoanálisis, la organización estadounidense prefirió más bien hacer caso omiso de los

En cambio, otras asociaciones que se presentan como "cristianas" desarrollan discursos y adoptan conductas que se oponen al espíritu del Evangelio y al Magisterio. Estas últimas pretenden querer hacer evolucionar a la Iglesia con el fin de conducirla a aceptar la homosexualidad como una forma "de amor" deseada por Dios.

estudios y proceder a una votación. Es algo nunca visto en la investigación científica. Al parecer, el olvido del sentido de la diferencia sexual hace perder la razón de las cosas en muchos ámbitos.

La *National Gallery Task Force* no tardó en adquirir la lista de miembros de la APA y hacerles llegar individualmente una carta pidiéndoles votar a favor de la eliminación de la homosexualidad de la lista de afecciones mentales. La APA no informó a ninguno de sus miembros que el envío postal fue financiado por la organización *Pro-Gay*. El resultado en el recuento de votos fue de 5.816 votos a favor de normalizar la homosexualidad y 3.817 votos para mantenerla como afección mental (367 abstenciones). Desde ese momento la homosexualidad quedó excluida de la sección 302 del DSM-II.

Por primera vez en su historia –y por lo demás la única– la organización, a pesar de agrupar a un gran número de científicos, dio una respuesta política para algo que requería una respuesta científica. Después de esa votación, la Organización Mundial de la Salud (OMS) y numerosos países a su vez excluyeron la homosexualidad en la lista de afecciones mentales.

Según Joseph Berger, miembro inminente de la APA, desde el comienzo de estos procedimientos no habituales, “el objetivo al cual se apuntaba no era entregar una decisión científica definitiva sobre la homosexualidad, sino crear un clima favorable para reducir la intolerancia y la estigmatización con respecto a las personas homosexuales. Desgraciadamente, como suele ocurrir, lo que una generación decidió con el fin de mejorar el clima social fue interpretado por la siguiente como una conclusión científica sólidamente respaldada”²⁹.

Quienes están directamente involucrados en la homosexualidad encuentran grandes dificultades para interrogarse realmente sobre ellos mismos y ponerse en tela de juicio. Permanecen en argumentos de autosatisfacción y autojustificación, y procuran demostrar que viven otra forma “de amor”

29 Extracto del artículo: *The APA Vote On Same-Sex Marriage: The Inside Story* (<http://www.narth.com/docs/apavote.html>).

